MANUEL LOPEZ-MARIN

GALOP FINAL

ENTREMES

ORIGINAL Y EN PROSA



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1917

GALOP FINAL

GALOP FINAL

ENTREMÉS EN PROSA

ORIGINAL DE

MANUEL LOPEZ-MARIN

Estrenado en el COLISEO IMPERIAL la noche del 22 de Marzo de 1917

MADRID

R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.°

TELÉFONO, NÚMERO 551

1917

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
TERESA........................	Sra.	Sampedro.
LUISA..........................	Srta.	Fchevarría.
CHELITO......................		Sampedro (M.)
ENRIQUE......................	Sr.	Torres.
MANOLO......................		Tobías.
UN VECINO..................		Cubas.
PÍO...............................		Bernardos.
UN COCHERO................		Ortiz.

La acción en Madrid.—Actual.—Invierno

Derecha e izquierda, las del actor



ACTO UNICO

Gabinete elegante en planta baja. Velador en el centro, con libros de lujo, timbre, periódicos y un búcaro con flores. Puertas practicables, al foro y laterales. Balcón (que no juega.) En primer término derecha una mesa de escritorio con aparato portátil de luz (que se enciende), teléfono, tinteros, retratos, etc. Un sofá en primer término izquierda. Sillas volantes, cortinas en las puertas y en el balcón. Chimenea encendida; lumbre de leña. Alfombra. Aparato de luz pendiente en el techo. Juega a su debido tiempo. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

PIO, el criado de la casa, sentado junto a la mesa de escritorio. Está dormido y tiene a sus piés un periódico ilustrado

La escena está sin más luz que la del aparato portátil

Una voz (En la calle, cantando.)
¡Vente conmigo y verás,
cómo cesan los achares
que te he tenido que dar!

Voces ¡Olé!... ¡Eso es sentimiento!

Otras ¡¡Sereno!! ¡¡Balbino!!

(Se oye jaleo de palmas y voces. El ruido se va alejando poco a poco. Suena un timbre con marcada insistencia. Pío se despierta, sobresaltado, recoge el periódico del suelo, lo coloca sobre la mesa y sale rápido por el foro. A poco, Luisa y Teresa, por el mismo sitio. Vienen vestidas con trajes de baile y con sendos gabanes de pieles. Traen puesto cada una un antifaz, que se quitan en el acto. Luisa entra nerviosa, agitada. Lleva al brazo un gabán de caballero. Teresa trae

en la mano una chistera. Las dos son mujeres jóvenes, Teresa algo más vieja. Encenciendo la luz; la llave ha de estar precisamente en la puerta del foro.)

Luisa ¿Ha venido el señorito?

Pío (Extrañado.) No, señora... ¡No ha venido nadie!...

Luisa (Quitándose el gabán, que deja sobre una silla) ¡Claro, qué ha de venir! Para eso no tenía necesidad de desaparecer de mi lado. (Fijándose en Teresa, que permanece en pie, enredando en los libros que hay en la mesa.) ¡Quítate el gabán, mujer! Y siéntate. Porque supongo que no te marcharás a casa sola.

Ter. ¡Claro!... (Se quita el gabán.)

Luisa (A Pío.) ¿Y Chelito?

Pío ¡Acostada, señora! Se acostó apenas se marcharon los señoritos. Ella no espera nunca; ya lo sabe la señora.

Luisa ¡Naturalmente! ¿A dónde va a estar ahora sino en la cama?... ¡También hago yo unas preguntitas! Pero es que no sé lo que me digo. (A Pío.) Dile a Chelito que se levante y que arregle mi alcoba... ¡Pero en seguida!

Pío (Sin comprender.) La alcoba de los señoritos ya está arreglada desde esta mañana...

Luisa (Recalcando mucho y malhumorada.) ¡Mi alcoba! ¡Mi alcoba! ¡¡La mía!! ¿Te enteras ahora?

Pío Bien, señora. Pero como...

Luisa Vamos, es que deseas que te dé explicaciones...

Pío No, señora.. Su alcoba... ¡la suya! La de las dos llaves... ¡Sí; si he comprendido divinamente...

Luisa Entonces, ¿a qué preguntas idioteces?...

Pío ¡Está bien, señora!... (Aparte, mientras hace mutis.) ¡Me parece que ha habido títeres! (Sale segunda izquierda. Pausa.)

ESCENA II

LUISA y TERESA

Ter. ¡Vamos, tonta, cálmate! Te estás llevando una noche de mil demonios. Buena infeliz eres en tomar por la tremenda una genialidad de Enrique. ¡Parece que no conoces a los hombres!

Luisa ¡Pues no los conozco! Nunca creí que Enrique pudiera hacerme una trastada como la de esta noche.. ¡Y para colmo, a los dos meses justos de matrimonio...

Ter. Eso es para que vayas abriendo los ojos. No creas que todo son caricias y palabras de miel... ¡El más santo es para comerlo crudo y en rajas como el salchichón.

Luisa (Remedando a Enrique.) «Que quiero llevarte a un baile de máscaras, que quiero que conozcas de cerca las frivolidades humanas, que quiero hacer de ti una mujercita de cerebro» ¡Y duro con el baile y vuelta con las frivolidades humanas! Por algo tenía él tanto interés en ir al baile! Se conoce que lo tenía ya todo premeditado. ¡Ah, canalla!

Ter. Y tú, ¿por qué consentiste en ir?

Luisa Mujer, me lo pedía de una forma que casi había que agradecérselo. ¡Con esos discursos que pronuncia él, que si lo dejan hablar, no le ahorcan, no!... Yo me he resistido siempre a ir a los bailes. ¡No quería ir! Temía que se encontrase amigotes, y ya sabes tú lo que pasa. Una copa de champagne por nuestra amistad; otra por el recuerdo de la vida de soltero... y otra y otra... Y al final hay que cogerlos con cuchara.

Ter. (Riendo.) ¡Y que Enrique es de los de doble fondo! como los baúles!

Luisa Además, yo temía mucho que se tropezase con toda esa corte de amiguitas que tienen los hombres solteros. Y ya sabes tú lo que ocurre también... ¡En seguida les da por evocar recuerdos... ¡Y la que hace mal papel es una!...

Ter. Y que las señoritas esas no se amilanan por nada... Mira que es descaro el de aquella odalisca que se empeñó en que Enrique tenía que cantar algo!

Luisa ¡Quita, mujer! Pero si se atrevieron hasta subir al palco... ¡Ya viste que a Enrique le faltó poco para cantar.. Estaba ya que cantaba en la mano, como los grillos, el muy sinvergüenza!... (Teresa ríe a carcajadas.) Y todavía quería presentarme a la odalisca, diciéndome que era una de las favoritas que tuvo en su harem. ¿Has visto mayor cinismo?

Ter. (Riendo.) ¡Mujer, es que ya tenía una botella de champagne en el cuerpo... ¡Hay que hacerse cargo también.. (Ríe.)

Luisa Lo mismo que eso... En el palco próximo al nuestro tenía unos amigos que no hacían más que enviarle botellas por el acomodador... El las iba escondiendo y cuando no le veía, se volvía loco bebiendo. ¡Ah! Y menos mal que yo no quise beber ni una sola gota. ¡Si no, a estas horas estamos todos aún haciendo el oso! Luego, también tu marido le pinchaba, y como más viejo, tenía la habilidad de embaucar al mío, que había perdido la vergüenza desde que pisó el teatro y que no le hacía falta mucho para echarlo todo a rodar...

Ter. Yo te veía, desde nuestro palco, la cara de indignación que tenías. Y veía también a Enrique que te hacía muchas caricias. (Ríe.)

Luisa (Con resignación.) Sí, mujer... ¡Menos mal que la «cogió» cariñosa. (Teresa ríe.) ¡Estaba como para matarlo! Con aquella cara inexpresiva y aquellos ojos de imbécil.

Ter. (Riendo a carcajadas.) ¡Pobre Enrique!

Luisa (Algo enfadada.) ¡Ah, mujer!...¡No te rías así!... ¡Qué poca importancia das tú a las cosas!...

Ter. (Dejando de reir.) ¡Boba, inocente, más que inocente! ¡¿Importancia, dices? Esto no la tiene! Estoy curada de espanto. Manolo me ha llevado a varios bailes y nunca ha ocurrido nada... ¡Nada! Un poco de excesiva alegría, dos piruetas, tres carcajadas nerviosas... ¡Nada! Créeme, Luisa, una noche o dos al año, de libertad y expansión, les conviene a todos los hombres casados Así no sientes nostalgias ni melancolías. ¡Y eso sí que es peligroso! Por lo demás... Ellos mismos se convencen luego de que todo ese ruido y esas luces y ese desbordamiento efectista de alegría, es cosa tonta y embustera. ¡Dime tú qué es lo que queda de una noche de baile!... Dolor de cabeza, y nada más. ¡Ay, si todas las mujeres pudieran dejarse los nervios en casa y acompañasen a sus maridos a una noche de baile!...

Luisa Pues sería una república,

Ter. ¿Pero has visto tú que los hombres se can-

sen antes de otra cosa que de la libertad doméstica? Deja libre a tu marido; que salga, que entre. No le preguntes de dónde viene ni a dónde va. Terminará por no salir de casa y estar a tu lado siempre, como un perrillo faldero.

Luisa ¡Eso es!... Dejo a Enrique que salga y que entre libremente. Y una de las veces hace una salida en falso, se pierde, y me tienes a mí luego como a una desesperada, publicando anuncios en los periódicos: «Alto, moreno, tiene un lunar en la barbilla y atiende por Enrique. Es muy inteligente y le gusta mucho la merluza con mayonesa... Se gratificará espléndidamente a quien lo devuelva a su hogar...» ¡Quita, quita!... ¡No quiero jugar con fuego!...

Ter. Claro que todos los hombres no son iguales! Hay unos más sensibles que otros.

Luisa ¡Y otros más sinvergüenzas que otros!

Ter. Para eso se ha inventado el talento y la astucia.

Luisa ¡Ay, hija, yo no estoy todavía en el trance de tener que emplear astucias con mi marido, como si se tratara de cazar un ratón... Y sobre todo, no querrás convencerme de que, lo que ha hecho esta noche el fantasmón de Enrique, merece un premio de virtud.. ¡Dios sabe dónde habrá ido a parar y con quién!

Ter. (Riendo mucho.) ¡Lo tendrás por ahí con su favorita, la odalisca licenciosa!... (Ríe a carcajadas.)

Luisa Estará haciendo el ganso y los que nos conozcan tendrán seguramente una frase de compasión hacia mí.

Ter. ¡No, mujer! La gente, en seguida se hace cargo de todo. Además va acompañado por Manolo.. Con Manolo se quedó, o allí se encontrarían los dos. Vendrán a parar aquí en seguida, si es que saben dar las señas al cochero. ¡Apostaría cualquier cosa a que están recorriendo Madrid en un simón desvencijado... ¡Ya verás cómo vienen! ¡Hechos unos verdaderos peleles! ¡Ah, y prepárate a oir tonetrías! ¡Y cuidado con indignarte delante de ellos! Es contraproducente. Lo mejor es dejarlos, decirles a todo que sí, y que

se queden dormidos aunque sea colgados de una percha por la nariz. Porque supongo que no pretenderás que Enrique llegue hasta su alcoba sin torcerse.

Luisa ¡Yo no pienso ni verle! Me encerraré en mi alcobita y ¡que reviente!

Ter. ¡Muy mal hecho! Lo tendrás toda la noche dándote serenata y por la mañana te lo encontrarás a la puerta de tu alcoba hecho un sorbete. ¡Cuando se ponen *plomos* los pobrecitos, son terribles!

Luisa ¡Dichoso baile! ¿Tú te fijaste cuando me abrazaba y me ofrecía un cigarrillo turco, muy cariñoso?

Ter. Sí; no te digo que no os quité ojo durante toda la noche.

Luisa Bueno; pues fué cuando me pidió permiso para bajar al *buffet* con el pretexto de que había encontrado un pedazo de liga en una «media noche». ¡Figúrate, mujer, una liga en una media noche! (Teresa ríe.) Yo, tonta de mí, le dejé marchar... ¡Y hasta ahora!... Ya sabes lo demás.

Ter. ¡Se perdería durante el galop!... Con aquel barullo no tiene nada de extraño...

Luisa ¡Perderse!... ¡Pobrecito!... Lo que hizo fué quitarse la cabezada.

Ter. Y vendrá a cuarpo...

Luisa O vestido de farolero. ¡Vete tú a saber!

Ter. (Riendo.) No te apures, mujer. Manolo se habrá ocupado de él...

Luisa ¡Ah! ¿Pero tú crees que Manolo podría también ocuparse de nadie?

Ter. ¡Sí, mujer! Yo conozco a Manolo muy bien. Estaba algo alegrillo. Es muy juicioso, aun en medio de sus pequeñas locuras. ¡Ya ves que estoy tan tranquila! ¡Porque estoy segura de su fidelidad! Es un «buldog» y que el pobrecito me perdone la manera de señalar...

Luisa Y a todo esto las tantas de la madrugada. ¿Quieres que preguntemos a la Dirección de Seguridad, por si les han detenido? ¡Yo lo espero ya todo!

Ter. No, mujer.

Luisa ¡Dios, Dios!... ¡Qué bochorno mañana!... ¡Ah, porque mañana va a ser la segunda parte de este precioso numerito... Las explicaciones

y las disculpas ante las amigas. ¡Las amiguitas!... Que me compadecerán y me llamarán palomita sin hiel, candorosa, boba... ¡imbécil!

Ter. (Escuchando.) ¿Has oído? Un coche. Ha parado un coche en la puerta... ¡Ya están ahí, mujer!... ¡Ya están ahí! ¿Lo ves, tonta?

Luisa (Haciendo intención de marcharse.) ¡Yo me marcho!

Ter. (Deteniéndola.) ¡Quieta ahí! Es preciso que te vea... ¡El peligro ya pasó!... Ya verás, ahora vamos a reirnos, boba... ¡Verás, verás qué cosas tan graciosas se les ocurren!... ¡Pero si ahora empieza lo pintoresco!... ¡Y por Dios, no te indignes delante de ellos! ¡Si te indignas no acabamos en toda la noche!

(Suena un timbre.)

Luisa (Muy enfadada.) ¡Inmoral! ¡Canalla!

(Teresa ríe y la hace señas de que calle. Está amaneciendo. Por el balcón entran las primeras claridades del día. Pausa.)

ESCENA III

DICHAS, por el foro CHELITO, ENRIQUE y un VECINO

Chelito es una doncella muy joven y habla con marcado acento cubano. Viste de obscuro y con un delantal blanco de hombreras, muy coquetón. Enrique es hombre joven. Viste correctamente de frac, pero se cubre con un dominó negro y trae puesta una gorra de acomodador. Viene borrachito, pero sin hacer «eses» ni cosas feas. Es un borracho de frac. Un Vecino, viste de frac y gabán-levita. También es un muchacho joven y muy correcto en sus ademanes. Chelito entra corriendo y muy asustada. Inmediatamente detrás vienen ellos.

Chel. ¡Mi ama, reprenda al señor! ¡Quiso propasarse! ¡Yo soy *desente!*

(Chelito se queda en primer término derecha. Enrique y un Vecino se detienen un momento en la puerta. Enrique, quitándose la gorra, saluda muy ceremonioso y se sienta, amodorrado. El Vecino, chistera en mano, saluda tambien.)

Vec. ¡Buenas noches!... ¡Ustedes perdonarán que entre... así, de esta manera, sin permiso y sin que nada me autorice a ello! Yo vivo en el segundo, y estaba esta noche también en el baile. (Dirigiéndose a Luisa.) Vi a su marido

de usted, que ya a última hora se había mezclado en una bronca muy seria y que casi iba a ser agredido. Y como estaba solo, intervine yo, le metí en un coche... ¡y aquí le tienen ustedes!

Ter. (*Muy alarmada.*) ¿Cómo solo? ¿Pues y Manolo?

Vec. (*Sin comprender.*) ¡Señora... no sé quién es Manolo!..

Ter. ¡Mi esposo, caballero!

Vec. ¡Por muchos años!... Pues Manolo, su marido, también estaba complicado en la bronca... Es decir, supongo que sería su marido un señor alto, joven, con bigotito recortado y que estaba también algo alegre.

Ter. Sí, señor. Ese era mi marido... Bueno, ¿pero qué?

Vec. Pues que cuando mayor era el barullo, cuando ya iba a intervenir la policía, se perdió entre un grupo de curiosos... Una vez en la calle le ví meterse en un coche con tres mascaritas...

Ter. (*Ofendida.*) ¡Caballero, usted ve visiones!...

Vec. (*Dudando.*) ¡Me parece que era su marido... Manolo!

(*Enrique se ha sentado en el sofá y ha encendido un cigarro emboquillado y se ha puesto a fumar, sin decir una palabra. A la discreción del actor encargado de este papel queda encomendada la serie de detalles con que se puede subrayar la borrachera de Enrique. Luisa y Teresa se miran con una seriedad muy cómica.*)

Luisa ¡Hija, tampoco tú conoces a los hombres!... ¡Consuélate conmigo!

Ter. (*Rabiosa.*) Esto es para perder los estribos... (*Al Vecino.*) ¿De manera que dice usted que se metió en un coche con tres mascaritas?...

Vec. Justamente.

Ter. Y seguramente a estas horas estarán juntos todavía.

Vec. ¡Señora!... A eso ya no puedo responder... Pero sí: es lo probable; ¡y de no haber venido ya!... ¿Por que supongo que tendría que venir aquí a buscarla a usted?

Ter. ¡Naturalmente, caballero! Soy su esposa, son las tantas de la madrugada y debiera estar ya en mi casa...

Vec. (*Galantemente.*) ¡Señora, si usted quiere, yo puedo...

Ter. (*Algo ofendida.*) ¡Caballero!... ¡Muchas gracias!

Pero todavía no he perdido la vergüenza... como mi señor esposo.

Vec. Entonces... Con el permiso de ustedes me voy a descansar. Si necesitan ustedes algo, no tienen más que avisarme. Arriba en el segundo estoy. Una voz y bajo a escape...

Luisa Muchas gracias por su interés... Pero creo que ha terminado la aventura.

Vec. ¡Buenas noches!...

Luisa (A Chelito.) ¡Acompaña a este caballero!

Chel. (Recelosa.) Mi ama, ¿no se propasará como el señor?

Vec. (Riendo.) ¡Descuida, mujer! ¡Soy chico formal... ¡Muy buenas noches! (Salen por el foro. Pausa.)

ESCENA IV

TERESA, LUISA y ENRIQUE

Enr. (Habla con dificultad y arrastrando las palabras.) ¡Vaya, os parecerá muy digno el papelito que me habéis obligado a hacer! Me traen a casa como a un imbécil... y además un pollo desconocido!... ¿Para qué os sirve el sentido común? Es decir, ¿esa sopera que tenéis encima de los hombros?...

Luisa (Mirando a Teresa) ¿Qué te parece? ¡Luego dicen que si una se pierde o deja de perderse! (A Enrique.) Mira, Enrique: ahora no estás muy a propósito para que yo te hable en serio. Primero la tienes que dormir... y luego ya hablaremos muy despacito y muy claro.. ¡Ahora no te vas a enterar de nada!

Enr. (Riendo sin ganas.) ¡Ja, ja!... Eso creéis vosotras, so candorosas. Me entero de todo, me doy cuenta de todo... ¡de todo!... (Mirando la gorra que trae puesta.) ¿Pero qué gorra es esta? (Leyendo las iniciales.) «T... R...»

Luisa ¿Pero no decía usted que se daba cuenta de todo, mamarracho?.. (Cogiendo la gorra que tira con rabia a un rincón.) Esto quiere decir que te dejaste el gabán y la chistera en el palco y que para venir has tenido que quitarle la gorra a un acomodador. ¡Ya ves qué bonito, qué serio y qué digno! Pues, ¿y éste dominó?

(Quitándoselo a tirones.) ¿A quién le has robado éste dominó, desgraciado?

Enr. ¡Caray, pues es verdad!... ¡Esto es una encerrona despreciable!... ¡Mujer, no tires así, que habrá que devolverlo y eso que no me han dado chapa!... ¡Pues mira, está muy puesto en razón este dominó! (Oliéndolo.) ¡Calla, calla! ¡Ya sé de quién es!...

Luisa ¡Bueno! No quiero saber nada...

Enr. Es de Charito .. ¡De Charito!... ¿Tú no sabes quién es Charito, verdad? ¡Claro, no te la he presentado!

Luisa ¡Haz el favor de callar, Enrique!

Enr. Pues Charito es una chica granadina, que ríete tú de esa señora que llaman la Venus...

Luisa ¡Yo no me río de nada!

Enr. ¡Bueno, pues no te rías! Peor para ti... La risa es la salud del espíritu...

Luisa (Perdiendo ya la paciencia.) Pero, ¿tú ves esto, Teresa?

Ter. (Que se ha sentado en un rincón al empezar esta escena, dando muestras de preocupación y de rabia.) ¡Ya lo veo, ya!... Esto y lo otro... ¡Lo otro!... ¿Quién me iba a mí a decir que Manolo?...

Enr. ¡El vecino!... ¡El vecino te lo ha dicho! (Ríe.) Esa institutriz que me habéis buscado para que me saque de noche... Ese pelmazo de pollo, que me ha venido dando la murga todo el camino y que además para rematar el número me ha pedido para el coche.

Luisa (Muy enfadada.) ¡A ver si querías también que te lo pagara él!...

Enr. ¡Naturalmente!... Cuando se decide uno a proteger a una persona lo debe hacer con todas sus consecuencias. ¡Nos ha *cepillao!*...

Luisa (A Teresa.) Pero, ¿no le oyes?... Habla como un carretero...

Ter. (Levantándose desesperada, pues también ha perdido la paciencia) ¡Yo no oigo, ni veo, ni quiero saber nada!... ¡Esto es horrible!... Yo que antes te ponía como ejemplo de fidelidad a Manolo... Te decía hasta que era enteramente un «buldog».. y resulta que a estas horas está de juerga con unas mascaritas. ¡Hay para morirse de vergüenza y de rabia! (Pasea nerviosa por la escena.)

Enr. ¡Y que son tres chicas que le quitan a uno hasta el modo de andar!...

Ter. (Sin saber ni lo que dice.) ¡Lo creo!.,.

Enr. ¡Sobre todo Pili!... ¡Pili es un gatito encantador!... No tiene más defecto que el de afilarse las uñas en las carteras y siempre se engancha en los billetes... ¡Es una fatalidad!

Luisa (Desesperada también.) ¡Mira, Enrique, te suplico que no digas más estupideces! Si no puedes hablar como las personas, te callas y te duermes, que buena falta te hace.

Enr. (Con cierta guasa.) ¡Soy sonámbulo y padezco de alucinaciones!...

Luisa ¡Estúpido!... ¡Mañana te diré yo de lo que padeces!...

Enr. ¡Mañana no me ves el pelo!

Luisa ¡No será verdad tanta belleza!...

Enr. Mañana no me ves el pelo te digo... ¡Voy a estar durmiendo todo el día!
(Cantando.)
«Yo he pasado la vida en un sueño...»

Luisa (Llora con rabia, sin poderse contener más. Teresa no hace más que mirar a través de los cristales del balcón, mientras que Enrique y Luisa discuten.) ¡La culpa la tengo yo, por imbécil! Pero de hoy en adelante, ya sé lo que tengo que hacer. ¡No voy a ceder ni en tanto así!... ¡Látigo y látigo!... ¡Sinvergüenza, estúpido, mal esposo, inmoral, fresco!

Enr. ¡Traca de adjetivos cariñosos!
(Luisa toca un timbre. Pausa.)

ESCENA V

DICHOS y PÍO por el foro

Luisa (A Pío.) ¡Enciende la luz de la alcoba y haz en seguida una taza de té para el señorito.

Enr. ¡Chis!... Pío... ¡Cuidadito con obedecer...

Luisa ¿Cómo se entiende? ¡Pío, haz lo que te mando!...

Enr. Pío, que te juegas el sueldo y el pan de tus hijos...

Pío (Que va a marcharse... que luego se queda, que tropieza con los muebles. En fin, que no sabe lo que hace de aturdido que está.) ¡Señor!

Luisa ¿Pero es que yo no soy nadie aquí?

Pío ¡Señora!...

Enr. ¡No hagas caso, buen Pío! Es que la señorita

no sabe lo que se dice... ¡Bonito juicio vas a formar de mí!...

Luisa (Sentándose y echándose a llorar.) ¡Está bien!... ¡Soy una desventurada!... Pero mañana mismo, es decir, hoy, me marcharé de esta casa donde no represento nada ante los ojos de los criados. ¡Soy una desventurada!

Enr. Pío, no hagas caso de lagrimitas de mujeres... ¡Lagrimitas femeninas, se las lleva la corriente!...

(Pío sale aturdido por la derecha.)

ESCENA VI

DICHOS y CHELITO por el foro

Chel. ¡Mi ama, otro señor que traen malito! Da muchas voces y quiere maltratar al sereno.

Enr. Déjale franca la entrada.

Ter. ¡Valiente canalla!...

(Enrique ríe a carcajadas. Luisa se enjuga las lágrimas. Teresa se dirige a la puerta del foro y Chelito ríe ocultándose la cara entre las manos.)

Luisa ¡Abrele, Chelito!

Ter. Pero en canal...

(Enrique continúa riendo. Chelito sale por el foro. Pausa.)

ESCENA VII

DICHOS y a poco MANOLO y un COCHERO. Manolo es algo más viejo que Enrique. Viene hecho una lástima. En la chistera le han puesto un papel con el número 848. Viste también de frac

Man. (Desde la puerta.) ¿Se puede?...

Coch. (Muy ceremonioso y con la gorra en la mano.) ¡Buenas noches, señoritos!... Aquí les traigo al señorito, que, según parece, se ha puesto algo *delicao*.

Ter. (Sin poderse contener.) ¿Y llama usted delicadeza a esto?

Coch. ¡Vamos, al decir, señorita!... A mí me han *encargao* unas máscaras que le trajera aquí, después de dejarlas a ellas en sus *respetivos* domicilios. ¡Y aquí está bueno y sano... por

milagro!... No sabe la señorita el vino que tiene el señor... *Mu* pendenciero... ¡Mucho!

Ter. Bueno, no siga usted...

Coch. Y a mí no es que me asuste *ná* de esto. ¡Está uno ya tan hecho a *toas* estas flaquezas de la *humanidaz!*...

Ter. ¡Bueno, bueno! Está bien... Espere usted abajo, que nos va a llevar a casa en seguida...

Coch. ¡Señorita, no puedo, me es imposible!...

Ter. (Muy extrañada.) ¿Pues?...

Coch. Tengo que relevar... Llevamos cuatro horas dando tumbos por esas calles de Dios. *¡Me se* va a reventar el caballo! ¡Hemos *estao* hasta en las Ventas!...

Ter. ¡Que atrocidad!... Cochero, haga usted el favor de esperarnos abajo. Vamos en seguida, y además estamos cerca de casa.

Coch. ¡Está bien, señorita!... En atención a la señorita iremos *aonde* sea... (Aparte.) ¡Vaya una nochecita de perros!... (A Teresa.) Abajo espero. (Mutis por el foro.)

Man. (Fijándose en Enrique.) ¿Pero estás tú ahí, barbián? (Va a sentarse donde Enrique está sentado.) ¡Me ha dado muchas cosas para ti Pili! ¡Chico, la has impresionado un horror! ¿Qué haces? ¿Cómo te las compones?

Enr. Con oro nada hay que falle. (Ríen los dos.)

Man. ¡No te pese, chico! No se vive más que una sola vez.

Enr. Ni se bebe... Ahora a régimen para unos cuantos días...

Man. ¡Que nos quiten lo bailado y lo bebido!...

Enr. ¡Que nos lo quiten!

Man. Dame un cigarro.

Enr. (Dándole la petaca.) Toma.

Ter. (A Luisa. Las dos han estado sin hablar y sin mirar a sus respectivos esposos. Estos, mientras Teresa y Luisa hablan, cuchichean también, adornándolo todo con ademanes y figuras algo grotescas.) Mira, ¿para qué vamos a prolongar por más tiempo esta odiosa situación?... Yo me marcho a casa... ¡con esta cuba! (Por Manolo.) ¡Paciencia, chica! Debemos suponer que el numerito de esta noche no se repita en lo sucesivo. Toda la experiencia triste de una realidad más triste todavía, la hemos aprendido en unas horas... ¡Nuestra solución ha de ser la mis-

ma! .. Las dos somos mujeres y las dos queremos a nuestros maridos. ¿No es así? (Luisa asiente.) Pues las dos haremos por evitar estos tristes espectáculos... ¡Una noche de baile, un galop final, han sido la causa del delito!... ¡Al menos ya sabemos dónde está el peligro!... (Despidiéndose.) ¡Vaya, nena, hasta mañana, que vendré a verte. Mañana ya estaremos las dos más tranquilas y hasta puede ser que nos haga gracia todo esto... ¡En este momento estamos muy indignadas las dos! ¡Adiós, que descanses!... ¡Pero no te des ya mal rato! ¡Disimula, disimula! Ya me ves a mí: te estoy aconsejando y me ahoga la rabia y la pena. (Se echan a llorar las dos, pero con lágrimas de despecho y de rabia.)

Enr. (A Manolo.) Oye, tú. Mañana hay que llevar a Pili el Pomerania que nos pidió... Se trata de una dama, y ya sabes que con las damas hay que ser correcto de línea... Mira, bautizaremos con champagne al Pomerania antes de llevárselo... Se puede llamar «Napoleón».

Man. No, no; eso no me gusta. Que se llame «Romanones»; es más moderno y suena mejor...

Enr. ¡Pero si el Pomerania no va a ser cojo!

Man. No importa.

Ter. (A Manolo.) Cuando usted guste.

Man. (Mirando a Enrique y riéndose.) ¡Chico, qué delicadeza! ¿Has visto? Le hacen a uno que se conmueva y que... (A Teresa.) ¿Qué hay que hacer?

Ter. Levantarse de ahí para marcharse a casa. (Le quita de la chistera con rabia el papel del número 848.) ¡Hijo mío, vas que eres un payaso! ¿Quién te ha puesto este papelito, alma mía?

Enr. (Riendo mucho.) ¡Es que se ha rifado en ese número! (A voces.) ¡El ochocientos cuarenta y ocho!... ¿Quién tiene el ochocientos cuarenta y ocho? ¡El bonito capicúa!

Ter. (A Manolo.) ¡Vamos de una vez! Es decir, a no ser que el caballerito quiera quedarse a vivir aquí.

Man. (A Enrique.) Pues mira, no se está mal del todo en tu casa.

Enr. ¡En casa de Pili se está mejor!...

Man. (Levantándose a costa de grandes esfuerzos.) ¡Vaya,

que sean ustedes buenos! (A Enrique.) Y tú, cuidadito con las alucinaciones.

Ter. (Empujando a Manolo, que da un ligero traspiés.) ¡Vamos de una vez! (A Luisa.) ¡Adiós, mujer, hasta mañana!

Enr. (A Manolo.) ¡Oye, ten cuidado, que te va a morder!

Ter. No tenga usted cuidado, Enrique. ¡Que usted descanse.. y que se alivie!

Enr. ¡Y usted que lo vea!

Man. (Ya en la puerta.) Esto de que tenga uno que estar toda la noche conducido, no es muy digno que digamos. (Se vuelve a decir adiós a Enrique.) ¡Adiós, tú, pelmazo!... ¡Que la duermas con toda felicidad!

Enr. Y a ti que no te hagan daño...

(Mutis Teresa y Manolo por el foro. Chelito, que durante esta escena ha entrado y ha salido varias veces discrecionalmente, sale detrás de Manolo y Teresa. Pausa.)

ESCENA VIII

LUISA y ENRIQUE. A poco PIO por la derecha. Ya es de día. La luz del sol entra por las rendijas del balcón. Enrique, que no se ha movido de su sitio, sigue con la vista todos los movimientos de Luisa, que ni siquiera le mira y que, para no hablarle, se entretiene en hojear un libro

Enr. ¡Ya debe de ser muy tarde!

Luisa (Sin mirarle y muy secamente.) Muy tarde... (Pausa.)

Enr. ¡Cómo se ha pasado el tiempo! (Luisa no contesta. Pausa.) Y oye, ¿y tú dónde has estado toda la noche?

Luisa (Contestándole de muy mala gana.) Aquí. ¿Dónde voy a estar?

Enr. ¡Caray; bien lo podías haber dicho, y hubiera venido a hacerte compañía!...

Luisa (Muy indignada y sin poderse contener más.) ¡Mira, Enrique, no tengo ganas de conversación! ¡Ya te he dicho que mañana hablaremos!... ¡Hemos de hablar mucho... mucho!

Enr. (Resignándose.) Bueno, pues mañana será otro día...

Luisa (Suspirando.) Sí; mañana será otro día...

Pío (Saliendo por la segunda derecha.) La alcoba de los señoritos ya está preparada.

Luisa Está bien. Di a Chelito que le pase al señor una taza de té...

Pío Ya se lo he dicho. Ahora mismo la pasará.

Luisa ¡Vamos, Enrique!...

Pío La alcoba de la señorita también está arreglada...

Luisa Bueno; pues déjala.

Pío (Haciendo un gesto de extrañeza.) ¡Está bien, señora!..

Luisa (Viendo que Enrique hace esfuerzos por levantarse.) Anda, yo te ayudaré.

Enr. ¡Caray, mujer, que no estoy tan mal!...

Luisa (Se dirigen hacia la segunda derecha.) El señorito no está para nadie.. Déjanos descansar hasta que nosotros te avisemos... Si se hace tarde, almorzáis... ¡Ah! Y si viene la señorita Teresa, la dices... ¡que he salido!

Pío ¡Bien, señora! ¡Que descansen los señoritos! (Mutis Luisa y Enrique por la segunda derecha.)

ESCENA IX

PIO y CHELITO por el foro. Trae una bandejita con una taza, de la que se ha de ver perfectamente salir el vapor de agua

Chel. (Riendo a carcajadas. Pío le hace señas de que calle.) ¡Yo no entiendo lo que ha *sucedío* aquí esta noche! Los amos *padesen* locura, ¿no?

Pío No, Chelito. No es locura lo que padecen los amos. ¡Ya te contaré mañana!... Ahora vamos a descansar, que ya es hora... (Corre las cortinas, cubriendo el balcón; arregla por encima los libros y los muebles que están en desorden y apaga el aparato portátil. Pausa.) ¡No es locura! Es que los señoritos tienen el alma joven y han querido echar una canita al aire...

Chel. (Ingenuamente.) ¿Y cómo *dise* usted joven y echar canita? ¡No entiendo nada, mi *dulse* amigo!...

Pío ¡Vaya, entonces es que eres tonta de remate, Chelito!... ¡La cosa está bien clara!...

Chel. ¡En cuba... no *suseden* estas macanas, ¿sabe, señor? Allí los amos no son locos...

Pío Pues aquí, sí. Ya lo ves. ¡Cosas de la vida, Chelito! (Ríen los dos.)

ESCENA ULTIMA

CHELITO, PIO y ENRIQUE por la segunda derecha. Sale en mangas de camisa y riendo a carcajadas. Pío hace señas inteligentes à Chelito, que procura ocultar la risa

Enr. ¡Ya lo dijo Salomón!... Allí donde fueres... (Fijándose en Chelito.) ¿Eh? ¿De qué te ríes tú?

Chel. ¡Mi amo, yo no reía! (Se vuelve de espaldas para reir.)

Enr. (Buscando en el sofá algo que ha perdido.) ¡Aquí está! (Mostrando una peineta.) ¡El cuerpo del delito! (A Chelito.) ¿Tú no sabes de quién es esto, verdad?

Pío No, señor; ésta no sabe nada. (Hace señas a Chelito para que se marche.)

Enr. ¡Tú te callas!,.. Pues esto es de Charito... ¡De Charito!

(Chelito ríe.)

Pío Señor, váyase a descansar. La señora le estará esperando!

Enr. (Sin hacer caso. A Chelito) ¡Oye, ven aquí! ¡Viva la espuma del champagne! (Chelito deja la bandeja con la taza sobre la mesa.) ¡Viva la sonrisa de Gioconda!

Chel. (Asustada.) ¡Mi amo, por Dios! ¡Que la señora puede salir!

Enr. No te asustes. Hoy no soy tu amo. Pero mañana... ¡mañana!...

Pío ¡Señor, no nos comprometa!

(Enrique ríe como un idiota.)

Enr. Ya me marcho. Pero antes tenéis que contestarme: ¡Viva la espuma del champagne!

Pío / **Chel.** } (En voz baja y con mucho recelo.) ¡Viva!

Enr. ¡Viva la sonrisa de Gioconda!

Pío / **Chel.** } (Lo mismo.) ¡Viva!

(Enrique ríe a carcajadas, Chelito también y Pío procura contener la risa, pero no puede.)

Enr. (Mientras se dirige a la segunda derecha.) ¡Bueno, mañana no ha pasado aquí nada! ¡Esta noche es la noche del galop final! Pero mañana... silencio, quietud, y yo vuelvo a ser vuestro amo... ¡Vuestro amo! ¡Esclavos, ocultad este desliz de vuestro señor! ¡Amén!

(Sale segunda derecha riendo mucho. Chelito y Pío se quedan riendo francamente.)

Pío ¡Ya lo has oído, Chelito! Esta noche, es la noche del galop final... ¡Mañana todo el mundo serio y en su puesto!

Chel. (En voz baja y remedando a Enrique.) ¡Viva el galop final!

Pío (Imponiendo silencio.) ¡Chist!... Viva... ¡pero no por muchos años!...

(Ríen a carcajadas. Cuadro. Telón.)

FIN DEL ENTREMÉS

Precio: UNA peseta